

El jardín que llevaba a la primera de las dos casas lucía mejor cuidado que el de muchas de las embajadas y consulados de los alrededores. Pese al sol a plomo y la brisa del mar, el césped se mantenía fresco. Las aceras que lo limitaban habían sido blanqueadas recientemente.

Aunque tampoco es que gastaran mucha creatividad en él. Se trataba de un jardín perfectamente militar, la miniatura de un campo de batalla: un prado bien cortado, aquí y allá una artillería de lirios florecidos, algunos rosales. Cielo azul como en Austerlitz (me refiero a la descripción de la batalla hecha por Tolstói) y unas nubes que cruzaban sobre el tráfico de la Quinta Avenida.

De noche, el lugar estaría iluminado por pequeños faroles apostados en el césped. Mantendrían encendido el cartel lumínico de la entrada.

"Museo del Ministerio del Interior", rezaba este.

Tantas veces lo había encontrado sin que lograra despertarme curiosidad. ¿A quién iba a ocurrírsele entrar? ¿Acaso no bastaban las vallas dispersas por toda la ciudad, no bastaba con encender el televisor o leer un periódico?

Dentro de aquellas dos casas se espesaba el mismo caldo. Una visita al Museo de la Inteligencia podía resultar sumamente indigesta. Pero yo había entregado mi pasaporte en la aduana habanera. Había regresado a pesar de las advertencias sobre mi pronta conversión en fantasma.

"Espere allá", me ordenó la mujer uniformada después de comprobar los datos de mi pasaporte.

La madrugada no era muy movida en aquella terminal aérea. El resto de las cabinas permanecía sin clientes. Gente de uniforme entraba y salía de ellas como sonámbulos. Y mientras yo aguardaba tras la línea amarilla trazada en el piso, un oficial se metió en la cabina donde me atenderían.

"¿Hasta cuándo vas a volver?", me soltó a quemarropa.

Volver a Cuba, quiso decir.

Miré el rostro de la mujer.

"Hasta que ustedes lo permitan", balbuceé.

Él asintió.

La mujer puso el cuño, devolvió mi pasaporte.

una visita al museo a/j/ponte de la Inteligencia

El cierre eléctrico de la puerta hizo su sonido de chicharra, y otra vez pude considerarme dentro de la fiesta vigilada.

A continuación pasé por el examen de los libros. (No es que se encapricharan en mi caso, simplemente tenían que obedecer a una lotería de equipajes.)

"¿Por qué tantos?", preguntó el aduanero.

Debí explicarle entonces a qué me dedicaba.

"Afuera se publica mucha novela de cubanos".

Y el tipo siguió con su conversación.

En la terraza de la Unión de Escritores, antigua residencia de un rico comerciante, llovían las pequeñas flores atigradas.

"Desactivado", fue el diagnóstico de los dos funcionarios. Para que meses más tarde, al tratar de viajar a un encuentro internacional de escritores, una joven oficial del Ministerio del Interior viniese a anunciarme que no me otorgaban el permiso de salida.

Se hallaba en restauración la casona donde gestionar permisos. Las distintas colas se apiñaban en un patio trasero. Bastaba con que un viejo olvidara su puesto para animar un nido de ciepiés. O no era necesario el viejo; dentro de tanta confusión cualquiera equivocaba el motivo que lo trajera hasta allí. (Reinaba la inseguridad en cada solicitante y solo muy raramente los empleados se dignaban a ofrecer aclaraciones.)

Lo habían logrado bien aquellos oficiales, los superiores de aquellos oficiales, y quienes inventaran la obligatoriedad de un permiso para cada cubano que intentase salir del país. Lograban inocular en cada prófugo esta incertidumbre: ni siquiera se era dueño de uno mismo. Obligaban a pagar en dólares cualquier cuota de libertad (fuese temporal o definitiva), y el Ministerio del Interior se reservaba el derecho de rechazar solicitudes.

Así que de ningún modo resultaba injustificado el nerviosismo entre la gente concentrada en aquel patio. La contigüidad de tantos destinos promovía la locuacidad. Nos apretábamos allí pero muy pronto, con suerte, cada uno tomaría su avión y alcanzaríamos a regarnos por el mundo. Dejaríamos atrás tanta estrechez, olvidaríamos las mañanas gastadas en trámites, el maltrato recibido de parte de las autoridades.

Durante varios días me presenté en la casona. (Un requisito cumplido provocaba la

necesidad de satisfacer otro más recóndito. Después de obtener un sello de timbre se hacía imprescindible determinada firma.) Hasta que un mediodía creí llegada la buena ocasión. Me hicieron pasar a una sala donde se apretaban las mesas de varios oficiales.

Todos mujeres, la más joven de ellas me indicó una silla baja. (Pude ver, al inclinarme, que llevaba vendada una rodilla.) Ella colocó dos dedos sobre mi identificación, y deslizó a lo largo de la mesa aquella ficha de casino.

"Puede guardarla ya".

La mujer de la mesa contigua examinaba el desenvolvimiento de su joven colega.

Quizás porque ésta se hallaba aún a prueba.

En cualquier caso, supo desembuchar su *no*. Y cuando pregunté el motivo debió hacer la misma mueca que al recibir el golpe en la rodilla.

"Usted lo sabe bien", fue su única respuesta.

Echó una ojeada desdenosa al visado extranjero, cerró el pasaporte, lo aplastó con dos dedos, e hizo que recorriera la mesa en dirección mía.

Menciono, por último, un recurso tan esperanzador como aquella ojeada suya al visado: si me faltaba algo por comprender, si acaso tenía alguna queja, podía dirigirme por escrito al ministro del Interior.

"Debí ser éste el comedor de la casa", pensé antes de abandonar la oficina.

Ya en la calle, revisé el pasaporte. Igual que en mi expulsión de la Unión de Escritores, no quedaba prueba escrita de que tuviese prohibido salir del país.

También ahora cabía apelación por escrito. Las instancias gubernamentales podían darse el lujo de la oralidad, sus comunicaciones no dejaban sombra. Los individuos, en cambio, debíamos medir muy bien nuestras palabras, ponerlas en papel. Las pruebas iban a parar a manos de gente responsable, capaz de administrar bien la memoria. Archiveros y oficiales del Ministerio del Interior, por ejemplo.

Y fue debido a ello que una tarde reuní fuerzas para presentarme en el Museo de la Inteligencia, a pocas cuadras de La Maqueta de La Habana.

"Vengo a saber lo que tienen sobre mí", debí anunciar a la primera celadora.

Para enseguida aliviar su sorpresa:

"Me han acusado de pertenecer a una red que opera desde el extranjero. Afirman que esa red recibe mensualidades de la agencia de inteligencia estadounidense. Me consideran becario de la CIA o algo por el estilo, y he sido desactivado de la Unión de Escritores."

Desactivado, ¿comprendía? Igual que un mecanismo o un arma.

¿No tenían allí, en exposición, viejas minas desactivadas, bombas que nunca llegaron a explotar?

Claro que todavía nuestro Muro estaba en pie. Que no dejaban de ampliarse los kilómetros de expedientes secretos, y multitud de chivatos redactaban aún sus composiciones. Comprendía, por tanto, el azoro con que la celadora escuchaba mi petición.

Se trataba de una petición prematura. Digna de una Junta Gauck por existir.

Pero si andaba equivocado de tiempo, en modo alguno me equivocaba de lugar, y era allí donde resultaba pertinente una solicitud como aquella. ¿Dónde mejor que en un paisaje tan premonitorio del fin del régimen revolucionario?

Aunque, dejémonos de cuentos, mi llegada al Museo de la Inteligencia no ocurrió así.

Guardaba la entrada una celadora. Reprimía un bostezo en tanto contemplaba, más allá del jardín, los árboles de la avenida. Yo venía a tropezármela en plena digestión, cuando seguramente calculaba las horas que faltaban para marcharse a casa.

Cruzamos pocas frases, y no le comenté el motivo de mi visita. Si algo tenía claro al entrar allí, era que me haría pasar por extranjero.

Que el personal me tomara por uno de esos simpatizantes a los que arroba la revolución y viajan a Cuba para cumplir un viejo sueño. De otro modo mi visita no sería creíble, parecería alguien dispuesto a cometer profanación, a soltar carcajadas ante una pieza. (No solo se trataba de que, fantasma al fin, me desvelase el protocolo. Sino que deseaba examinar cierto paisaje al lado de la carretera que llevaba lejos: lo mismo que George Simmel. O buscaba un auto que me sacara a tiempo de Alemania Oriental, aquel Alfa Romeo que sirvió a sus vigilantes para bautizar a Garton Ash.)

El Museo de la Inteligencia abría sus puertas el día después. Yo venía de otro país.

Pagué en dólares el derecho de admisión. Varias cabezas femeninas se asomaron al pa-

sillo y, en cuanto di unos pasos, dos de las celadoras disolvieron su tertulia.

Aquel inmueble había sido antes mansión familiar. (El vastísimo aparato estatal andaba siempre hambriento de locales.) Retratos de héroes del servicio secreto llenaban sus paredes del mismo modo que imágenes de antepasados cubrían la escalera principal de un castillo.

Eran los mismos rostros que constaban en sus expedientes. Pintados por alguna mano versada en aumentar fotos.

Hileras e hileras de óleos tan inacabados como sus existencias, muertos jóvenes en su mayoría.

Cada sala del museo permitía un recorrido desde las fuerzas coloniales hasta las revolucionarias. A una policía ocupada en la represión de manifestaciones callejeras replicaban, a partir del triunfo de la revolución, agentes policiales sumidos en academias, personal desvelado por la suerte de una viejecita.

No eran necesarios ya chorros de agua a presión, porra, disparos. La calle, tal como rezaba el lema, era de los revolucionarios. Quienes formaran las manifestaciones callejeras se habían pasado definitivamente al campo de las fuerzas del orden. No cabían ya demostraciones públicas, salvo las organizadas oficialmente. Todos éramos policías. Y no podía faltar alguna imagen que relacionara la vigilancia de los comités de vecinos con la del cuerpo uniformado, articulación aceitadísima. Pues, tal como debí sospechar desde el principio, la viejecita apegada al agente no era más que una soplona.

Entre los útiles prerrevolucionarios se exhibían bastones y manoplas. Al pie de un grupo de imágenes de cuerpos torturados podía examinarse la panoplia del capitán Segura. (La cigarrera forrada de piel humana no habría desentonado allí.)

Las cárceles eran recordadas en lo mejor de su horror. Para luego cobrar optimismo mediante disposiciones del gobierno revolucionario: reclusos en chequeos médicos y estomatológicos, acogedores patios para recibir visitas, aulas, terrenos deportivos, teatro de aficionados, bibliotecas, talleres, artesanía confeccionada por reclusas... Nada de calabozos y celdas de castigo. Ninguna memoria del paredón de fusilamiento adonde

se asomaba, desde palco propio, el comandante Guevara.

Luego de las torturas, falsificaciones. Billetes falsos de varias nacionalidades, falsas tarjetas de crédito, una máquina de hacer monedas. Y Dan, el perro pastor alemán embalsamado.

Echado sobre sus cuartos traseros, el pelo en buen estado de conservación, los ojos de ratón aplastado en una ratonera, una tarja contaba su biografía. Oriundo de Checoslovaquia (el hombre que iba a manejarlo debió viajar a Praga para un curso de adiestramiento), Dan fue durante años el único sabueso de la policía revolucionaria. Su desempeño llegó a cubrir varias provincias.

De una de sus primeras actuaciones quedaba este resumen: "El asesino reconoció en la declaración su culpabilidad y se asombró de la inteligencia del perro".

Y terminaba tristemente la biografía de un animal tan útil: "Dan fue sacrificado a los diez años, pero dejó una huella imperecedera, no solo porque fue el primer perro que trabajó para la Policía, sino por su docilidad, porte, disciplina y capacidad en el trabajo, lo que lo avaló para obtener numerosas condecoraciones en distintas competencias nacionales".

La celadora a cargo de la sala compartía mi admiración. "Él es nuestra mascota", dijo.

"¿Le habría gustado conocerlo en vida?"

Mi pregunta pareció sorprenderla.

"Sí, claro".

En Praga (yo lo había leído en Libuse Moniková) funcionaba un museo no muy distinto. Exhibían en él armas, una máquina de falsificar billetes, obras de arte donadas a las fuerzas de seguridad por los artistas. Pero la pieza principal, la que más atraía al público, no era otra que un perro embalsamado.

Pastor alemán también, presumiblemente emparentado con Dan.

A todo el que visitaba el museo praguense le exigían calzarse unas pantuflas de fieltro. Cada uno de los recién llegados alegraba a la mujer de la entrada (de contabilizar menos de quince visitantes diarios clausurarían el local), y ella recomendaba a todos la formidable pieza de taxidermismo que constituía el perro héroe.

Mientras tanto, los únicos visitantes de la jornada habanera éramos una pareja de verdaderos extranjeros y yo.

Inteligencia a / j / ponte

Un sendero de jardín llevaba al segundo de los edificios, dedicado al trabajo de la policía secreta.

Aún cuando el piso de la entrada permanecía húmedo, la auxiliar de limpieza me pidió que pasara. Adentro abundaban las armas y la propaganda arrebatada a comandos contrarrevolucionarios.

"Por la verdadera revolución", rezaban unos bonos. "Cuba sí, comunismo no", otros.

Buena parte de los símbolos de las fuerzas revolucionarias eran utilizados por contrincantes salidos de sus filas. Llovían, por tanto, las descalificaciones.

La imagen de un guerrillero contrarrevolucionario con los brazos en alto era explicada en tono humorístico: "Bandido en el mejor momento de su fracasada insurgencia".

Las vitrinas guardaban falsos pasaportes y visados falsos. Británicos, canadienses, colombianos, cubanos... La historia del país podía ser contada a través de sus documentos migratorios: un pasaporte colonial, uno republicano, y el pasaporte actual, revolucionario.

Exhibían visas cubanas de las tres épocas. Pero ni rastro del permiso de salida. Tal vez porque, al no poseer antecedente en la etapa colonial ni en la republicana, saltaría a la vista su novedad carcelaria. (Puestos a procurarle parentela, habría que remontarse a siglos anteriores, a las cartas de liberación de esclavos.)

Las salas de aquella última edificación declaraban que los cuerpos cubanos de seguridad combatían a cuanto peligro viniera a introducirse en el país. Velaban el sueño de los ciudadanos, de ningún modo sus vigiliadas. En todo aquel museo no podría hallarse indicio alguno que permitiera sospechar de un sistema de escucha telefónica o de un *Cabinet Noir*. (Durante el reinado de Luis XV, una oficina bajo ese nombre empleaba a 22 miembros que seleccionaban las cartas a leer, sacaban un molde del sello, transcribían los contenidos y volvían a sellarlas.)

A juzgar por lo expuesto en el Museo de la Inteligencia, los expedientes secretos no existían. La tarde pasada en el apartamento berlinés de G (para no hablar del libro de Timothy Garton Ash y de mi entrevista con la joven oficial de rodilla vendada) debió desperdarme aprensiones infundadas.

Se trataba, igual que en la novela habanera de Graham Greene, de falso espionaje. Aquello no era más que un juego.

"¿Desea firmar nuestro Libro de Visitantes?", propuso la misma celadora que me recibiera.

En las páginas del álbum cabían dibujos de banderas, apuntes para un retrato de Ernesto Guevara, consignas aprendidas al paso de los autos de turismo. La inscripción más reciente, hecha por la pareja de extranjeros, hablaba acerca de lo onírico de la revolución. Según ellos, los cubanos tenían la generosidad de soñar ese sueño por gente de otras latitudes.

Cerré el pesado volumen, logré escaullirme sin escribir nada en él. Abandoné el sitio con la certeza de que, aún cuando existiera, nunca llegaría a hojear el expediente donde me investigaban.

Y no (siendo optimista) porque fuese a faltar a la cita, sino por una noticia sorprendida en las últimas páginas de *The File. A Personal History*.

Allí contaba Timothy Garton Ash cómo había compactado en un archivo de computadora las trescientas y tantas páginas de la carpeta obtenida gracias a la Junta Gauck.

Ese montón de jornadas y de informes reducido a tamaño de bolsillo me llevó a suponer cuán útil habría sido para los oficiales de la Stasi (pienso sobre todo en el propietario de la trituradora) el contar con archivos digitalizados que, a un simple golpe de tecla, desaparecieran sin dejar rastro.

Y de ahí no me cuesta mucho saltar a los colegas cubanos de aquellos oficiales, alumnos suyos tal vez, quién sabe con cuánto tiempo aún para trasvasar a soporte de fácil escamoteo toda la información que compilaran.

Antonio José Ponte
La Habana · 64

Un sendero de jardín llevaba al segundo de los edificios, dedicado al trabajo de la policía secreta.

Aún cuando el piso de la entrada permanecía húmedo, la auxiliar de limpieza me pidió que pasara. Adentro abundaban las armas y la propaganda arrebatada a comandos contrarrevolucionarios.

"Por la verdadera revolución", rezaban unos bonos. "Cuba sí, comunismo no", otros.

Buena parte de los símbolos de las fuerzas revolucionarias eran utilizados por contrincantes salidos de sus filas. Llovían, por tanto, las descalificaciones.

La imagen de un guerrillero contrarrevolucionario con los brazos en alto era explicada en tono humorístico: "Bandido en el mejor momento de su fracasada insurgencia".

Las vitrinas guardaban falsos pasaportes y visados falsos. Británicos, canadienses, colombianos, cubanos... La historia del país podía ser contada a través de sus documentos migratorios: un pasaporte colonial, uno republicano, y el pasaporte actual, revolucionario.

Ese montón de jornadas y de informes reducido a tamaño de bolsillo me llevó a suponer cuán útil habría sido para los oficiales de la Stasi (pienso sobre todo en el propietario de la trituradora) el contar con archivos digitalizados que, a un simple golpe de tecla, desaparecieran sin dejar rastro.

Y de ahí no me cuesta mucho saltar a los colegas cubanos de aquellos oficiales, alumnos suyos tal vez, quién sabe con cuánto tiempo aún para trasvasar a soporte de fácil escamoteo toda la información que compilaran.

Se trataba, igual que en la novela habanera de Graham Greene, de falso espionaje. Aquello no era más que un juego.

"¿Desea firmar nuestro Libro de Visitantes?", propuso la misma celadora que me recibiera.

En las páginas del álbum cabían dibujos de banderas, apuntes para un retrato de Ernesto Guevara, consignas aprendidas al paso de los autos de turismo. La inscripción más reciente, hecha por la pareja de extranjeros, hablaba acerca de lo onírico de la revolución. Según ellos, los cubanos tenían la generosidad de soñar ese sueño por gente de otras latitudes.

Cerré el pesado volumen, logré escaullirme sin escribir nada en él. Abandoné el sitio con la certeza de que, aún cuando existiera, nunca llegaría a hojear el expediente donde me investigaban.

Y no (siendo optimista) porque fuese a faltar a la cita, sino por una noticia sorprendida en las últimas páginas de *The File. A Personal History*.

Allí contaba Timothy Garton Ash cómo había compactado en un archivo de computadora las trescientas y tantas páginas de la carpeta obtenida gracias a la Junta Gauck.

Ese montón de jornadas y de informes reducido a tamaño de bolsillo me llevó a suponer cuán útil habría sido para los oficiales de la Stasi (pienso sobre todo en el propietario de la trituradora) el contar con archivos digitalizados que, a un simple golpe de tecla, desaparecieran sin dejar rastro.

Y de ahí no me cuesta mucho saltar a los colegas cubanos de aquellos oficiales, alumnos suyos tal vez, quién sabe con cuánto tiempo aún para trasvasar a soporte de fácil escamoteo toda la información que compilaran.

una visita al museo de la inteligencia

Antonio José Ponte
La Habana · 64